

brazos y le ahogó acordándose entonces de la muerte que dió

importa, pues, que Nicolás de Piamonte la refiera de distinto modo en su *Historia de Carlo Magno* (1), relación no menos fantástica que la de la poesía:

«Estando Roldan al pie de la peña herido de quatro llagas mortales, sin otros muchos golpes, que en el cuerpo, y en la cabeza havia recibido, no tenia menos pesar de la muerte de los otros Cristianos, que de la suya misma; consolabase por morir en defensa de la Fé de Jesu-Cristo, y recibia pena de verse en la postrimera hora solo en el Monte, y desamparado de todo el mundo; daba gracias á Dios, porque el dia antes avia confesado, y recibido el poderoso Cuerpo de Jesu-Cristo, que lo tenían por uso los Caballeros de Carlo-Magno quando havian de entrar en batalla, ó si se recelaban de algun peligro. Alabó asimismo á su Criador, por que le daba lugar de pedirle de corazon, y de boca perdon de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó á decir: Señor Dios mio, Criador, y Redentor, hijo de la gloriosa Madre de Consolacion, tu sabes lo que yo he hecho, y he pasado... No son estas las manos que daban los grandes golpes, y despedazaban los finos arneses, y yelmos? Y tomando su espada en la mano, dixo: Mas no niego que esta sea Durandal la buena espada, en la qual puso Dios grande virtud; y abrazado con ella, juntaba la boca con la Cruz, se amorteció. Y el Duque Tietri, hechos sus ojos fuentes, le empezó á desarmar, por afloxarle la boca del estómago, y le halló las armas llenas de sangre, y no osó desarmarlo, por que no se desangrase. Tornando en sí Roldan, juntó sus manos, y pidió á Dios perdon de lo que havia hablado, y dixo á Tietri, que le oyese de confesion, y confesó con él con grande contriccion de corazon, y despues de confesado puso sus manos en cruz, y alzó los ojos al Cielo, diciendo: *Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum*. Y puestas las manos en los ojos, dixo: *Et oculi mei conspecturi sunt*. Y abrazado con la cruz de su espada dixo: *In manus tuas Domine, commendo spiritum meum*. Y dió el alma á su Criador, á veinte y seis dias del mes de Junio, año del Señor de ochocientos y diez.»

Lo importante para todos los que del caso han tratado era poetizar la leyenda. Tal fué el anhelo de Espinosa al cantarla de esta suerte:

«Bernaldo aprieta el cuerpo valeroso
Con la furia mayor que allí ha podido
Faltándole l'espíritu congojoso
De los mortales golpes que ha sufrido.
Desmaya el brazo que fué sanguinoso,
Sobrado del del Carpio fué vencido;
L'alma del grande Orlando sube al cielo
Que tan temido fué por todo el suelo.»

Suárez de Figueroa, que también la hizo asunto de su poema, la canta de este modo en el principio del mismo:

«Del heroyco varon las armas canto
Qel embidioso oluido oculta y calla
En quien España gloria, Francia espanto
Y admiracion del Universo halla:
Cuyo robusto esfuerzo pudo tanto,

(1) Lib. III, cap. 74.

Hércules á Anteo^a, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la

a. ...Anteon. C., BR., TON., BOW., A., PELL., CL., RIV., GASP., FK.

Que cuerpo á cuerpo y en campal batalla
Con justo intento y con piadoso zelo
Defendido dexo su patrio suelo.»

No ya en la invocación, sino más adelante, al referir la lucha del paladin francés con el héroe español, habla así de Bernardo:

«En semejante forma el gran Tebano
Con el gigante altivo contendia
A quien contra sus impetus en vano
La antigua madre fuerças infundia.»

No otra cosa asevera Cervantes en el texto. Años antes, Lope dramatizó así la leyenda:

«BERN. ¿Quién llama á Bernardo?

ROLD. Yo.

BERN. Yo soy Bernardo del Carpio.

ROLD. Yo Roldan, que, herido y muerto,

En la campaña te aguardo

Para ahogarte en mi sangre

Cuando no pueda con manos.

BERN. ¿Qué es de la espada, francés?

ROLD. Entendi hacella pedazos,

Y quedóse en esa piedra,

Hasta la cruz, tremolando.

BERN. Pues alto arrojo la mía,

Porque no es hombre Bernardo

Que te ha de matar así.

(Arroja la espada Bernardo, y abrázanse riñendo.)

ROLD. ¡Ah, español!

BERN. ¡Ah, francés bravo!

ROLD. ¡Muere aquí!

BERN. ¡Morirás tú!

Aunque eres, Conde, encantado,

Como el hijo de la Tierra

Con Hércules el tebano.

ROLD. ¡Jesús, Jesús, Virgen pura,

San Dionis...

BERN. Salió bramando

De entre los brazos el cuerpo,

Y el alma de entre los brazos. (Muere Roldan.)

(LOPE DE VEGA. *El casamiento en la muerte*, jorn. II.)

Concluyamos. El creador de nuestro teatro y el príncipe de los novelistas, al tratar, respectivamente, de Bernardo, siguieron las huellas de nuestros épicos del siglo XVI. (Véanse las notas á nuestro t. I, pág. 138, y t. II, pág. 237.)

1. ...á Anteo. — Dijimos ya, en el t. I, pág. 60, que adoptábamos la lección *Anteo* que trae la *editio princeps*, apoyados en razonamientos filológicos. Vuelve á repetirse en esta segunda parte el mismo vocablo; pero con la inconsecuen-

Tierra); quiero inferir de lo dicho que podría ser que yo tuviese alguna gracia^a destas: no del^b no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me^c ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya
 5 me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas^d de encantamientos; pero, pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca. Y, así, viendo estos encantadores que con
 10 mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y, así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo. Pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de per-
 15 las orientales. Y, para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes como, viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho, mi escudero^e, en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien
 20 razonada, siendo la discreción del mundo. Y, pues yo no estoy encantado ni lo puedo^f estar, según buen discurso, ella es la encantada^g, la ofendida y^h la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivirá yoⁱ en perpetuas lágrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he
 25 dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea; que, pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos^j. Á buen seguro que no le cabe poca
 30 parte^k á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por

a. ...alguna desgracia destas. BENJ. =
 b. ...destas no poder. BR.1. = c. ...expe-
 riencia ha. BAR. = d. ...á fuerza de. CL.
 = e. ...Sancho en su. V.3. = f. ...pues
 yo no efoy, ni puedo estar encantado se-

gun. V.3. BAR. = g. ...encantada y la
 mudada. V.3. BAR. = h. ...ofendida la.
 TON. = i. ...yo desconsolado hasta verla.
 V.3. BAR. = j. ...buenos y a buen. TON.
 = k. ...poca suerte con le sin. ARG.1.

cia de algunos, como el famoso Juan de la Cuesta y otro distinguido cervantista, cuyo nombre omitimos, que leen ahora *Anteón* donde antes leyeron *Anteo*. Verdad á este lado de los Pirineos y error al otro; verdad en 1605 y error en 1615. Juzgue el lector si hay ó no inconsecuencia en criterio tan movedido.

Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante. Tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento; 5
 tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y, así, estoy en duda si 10
 será bien enviarle al gobierno de quien^a vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para^b esto de gobernar que, atusándole tantico el entendimiento, se saldría con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas. Y más que ya 15
 por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para^c ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer y gobiernan como unos girifaltes. El toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en 20
 lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare. »

Á este punto llegaban de^d su coloquio el Duque^e, la Duquesa y 25
 D. Quijote cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó, por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba 30
 ser de fregar. Seguiale y perseguiale el de la artesa, y procuraba

a. ...de que vuestra. TON. = b. ...hap-
 titud en esto. V.3. BAR. = c. ...letras por
 fer. TON. = d. ...llegaran en su. —
 e. ...Duque y la. BR.3.

1. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías... sale con unas discreciones que le levantan al cielo. — Al bueno del retórico que escribió el *Diccionario infantil de los tropos y figuras en el «Don Quijote»*, se le olvidó acotar esta serie de antitesis que, sin ser rebuscadas ni hijas de la espontaneidad, valen por todo un ramillete de elegancias y prueban que el novelador no escribía tan al correr de la pluma como presumen algunos cervantistas junto con gente de volandera lectura.

con toda solícitud **ponérsela** y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba **querérselas** lavar.

«— ¿Qué es esto, hermanos? — preguntó la Duquesa. — ¿Qué es esto? ¿Qué queréis^a á ese buen hombre? ¡Cómo! Y ¿no consideráis que está electo **gobernador**? »

Á lo que respondió el pícaro barbero: «— No quiere este señor dejarse lavar como **es** usanza, y como se^b lavó el Duque, mi señor, y el señor su amo.

— Sí quiero, — respondió^c Sancho con mucha cólera; — pero querria que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi^d amo que á él le laven con agua de ángeles y á mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto nos dan pesadumbre; pero, la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el^e que se llegare á lavarme, ni á^f tocarme á^g un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias^h y jabonaduras más parecen burlas que gasajosⁱ de huéspedes. »

Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y, así, haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: «— Hola, señores caballeros: vuestras mercedes dejen al mancebo y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro,

a. ...queréis hacer á ese. RIV., ARG._{1,2}, BENJ., FK. — b. ...se la lavó. BR.₃, TON., BGW. — c. ...quiero, replicó Sancho. TON. — d. ...de mi amo á mí; que. TON. — e. ...al que. TON., ARG._{1,2}, BENJ. —

f. ...ni tocarme. GASP. = g. ...tocarme un. TON., RIV., FK. = h. ...cerimonias. V.₂, BAR. — i. ...cerimonias. A._{1,2}, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAL., BENJ., FK. = i. ...gasajos. TON., MAL.

14. ...pero, la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. — Ofrecele duda á Clemencin la inteligencia de este pasaje por no haber, á su juicio, relación alguna entre el lavatorio de casa de los Duques y aquel disciplinarse y abofetarse de los penitentes en los días de la Pasión; mas, para los que guiados por la filosofía distinguen y señalan la diferencia entre los términos *semejanza* y *analogía*, la incompatibilidad de ideas desaparece al punto.

y esas artesillas son para él estrechas^a y penantes búcaros. Tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque^b de burlas. »

Cogióle la razón, de la boca, Sancho, y prosiguió diciendo: «— No sino lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine, ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas; y, si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. »

Á esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: «— Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere. Él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y, si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer^c á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas,^d artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores^e. Pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. »

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras, y, así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa y dijo: «— De grandes señoras, grandes mercedes se esperan. Esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir á^f tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy^h, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con algunaⁱ destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

a. ...estrechos. TON. — b. ...sabemos de burlas. PELL. — c. ...de achaques. GASP. — d. ...atrevidos, en tratar á tal. TON. — e. ...atrevidos en traer. ARG._{1,2}, BENJ. —

f. ...tohallas con artesillas. TON. — g. ...apeadores. BR.₃. — h. ...de la vida. ARG._{1,2}, BENJ. — i. ...ferir tan. TON. — j. ...casado estoy, hijos. ARG.₁. — k. ...algunas. ARG.₁.

25. «— De grandes señoras, grandes mercedes... menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. — La Duquesa atenúa el efecto de tanta cortesania en boca de un escudero como Sancho Panza; pero se desvia de este su parecer y cae en contradicción cuando le censura la rudeza del vocablo *cerimonias*.

— Bien parece, Sancho, — respondió la Duquesa, — que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor D. Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias, como vos decís. Bien haya tal señor y tal criado: el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque, mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno. »

Con esto cesó la plática, y D. Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que, aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que ^a por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandato ^b; y fuése. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á D. Quijote como á ^c caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

a. ...verano por. MAI. = b. ...su mandato; y. ARG.^{1,2}, BENJ.
c. ...como Cavallero. V.³, BAR.

6. ...el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. — Repetidas veces lo hemos consignado, y, á pesar de ello, no tenemos por labor inútil, ya que son muchos los que no piensan como nosotros, la de insistir en que Cervantes no escribía siempre, en todo momento, al correr de la pluma.

Nos inclinamos al parecer contrario porque, estudiando detenidamente *El Ingenioso Hidalgo* y cuantas obras le precedieron, se echa de ver, diríamos (si fuera lícito usar de un neologismo), la misma factura en la idea, en el pensamiento, en el lenguaje.

Tal repetición, engendrada al calor de iguales sentimientos y vestida con idéntica forma, son testimonio de que meditaba cuanto escribía, y á todo ponía el sello de su personalidad, como ahora dicen; no la personalidad del que produce sin darse cuenta de su trabajo, sino la del que en todo imprime el sello del estilo, tomada esta palabra en su más alta significación: por eso se topan á cada paso frases con las que seguramente estaba encariñado su autor. Diganlo, si no (y basten en este caso), los vocablos *norte* y *estrella*:

« ¡Oh *estrella* de perdición antes que *norte* de mi esperanza! » (*La española inglesa*.)

« ¿Do está mi *estrella* hermosa,
Do está mi *norte* divino? »

(*Los Baños de Argel*, jorn. III.)



CAPÍTULO XXXIII

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no quería sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. Encogió Sancho los

A la maravillosa serie de capítulos en que se describe la estancia de D. Quijote en la casa de los Duques burladores pertenece también éste, en el que se destaca la figura de D.^a Maria de Aragón departiendo amigablemente, en una muy fresca sala de su palacio, con Sancho á presencia de las doncellas.

Apretándole sobre el negocio del encantamiento de la señora Dulcinea, embuste que él mismo había fabricado, hace, á modo de juez astuto y receloso, preguntas tales, que el escudero concluye vacilando si en verdad hubo ó no la asendereada transformación, mas no sin confesar que su amo está rematadamente loco; confesión que lleva la plática á trance tan difícil, que Sancho, rompiendo con todos los convencionalismos, da á su interlocutora una lección sublime de ética, no aprendida ciertamente en las aulas de Teología, sino inspirada al calor del sentimiento y del arte.

Línea 9. ...puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. — Cervantes, que allá en el cap. 49 de la primera parte (1), sacando al Cid del crepúsculo de la tradición y de la poesía, puso en boca del

(1) Tomo III, pág. 334.